

DISCURSO XIV.

SOBRE LOS EXTREMOS EN LA CONDUCTA MORAL Y RELIGIOSA.

Ne declines ad dexteram, neque ad sinistram.

No declines á la diestra, ni á la siniestra.
PROVERB. CAP. IV. V. 27.

NO siendo menos necesaria la sabiduría en la conducta moral y religiosa que en la civil, tampoco bastará que haya buenas disposiciones en el corazón, á menos que las dirija un grado propio de luz en el entendimiento. Sin una guía regular, se extraviarán aquellos de su fin recto; serán siempre volubles y vacilantes; y aun en muchas ocasiones podrán conducir á grandes males. Verdades son estas que se ven frecuentemente verificadas, por aquella propension, que se nota en los hombres, de precipitarse á los extremos. ¡Cuántos han comenzado con principios é intenciones buenas, que por falta de discrecion en sus aplicaciones, han terminado atrayendo daños á sí mismos, y descredito á la religion! Hay cierta sobriedad y prudencia en cuya observancia existen la piedad y virtud. Del uno y otro lado se ocultan peligros extremos, y senderos extraviados que llevan á termino en que pierden los hombres la alabanza de sus buenas intenciones, y concluyen con baldon lo que habian principiado con honor. En esto se funda la exhortacion del sabio, en el texto. «Vean tus

«ojos cosas derechas, y tus parpados vayan delante de tus pasos. . . . «No declines á la diestra ni á la siniestra.» Discurriendo sobre estas palabras, me propongo indicaros algunos de los extremos á que suelen inclinarse los hombres, y aconsejaros precauciones oportunas para evitar tan peligroso extravío.

Con respecto á los principios religiosos en general, tal vez podria aguardarse que os amonestara á precaveros por una parte, del peligro de ser muy rigidos en la adhesion á ellos, ó por otra, de ser demasiado faciles en su relaxacion. Pero no hay fundamento para distincion entre estos supuestos extremos. Nunca puede haber exceso en la adhesion al principio de deber: en esto no hay extremo, y toda relaxacion de principio es criminal: lo que dicta una conciencia recta debe ser obedecido. Por consiguiente, el error que hay que evitar aquí no es un apego escrupuloso ó delicado á la conciencia, sino el poco cuidado en tener una conciencia propiamente ilustrada con respecto á lo que es materia de deber ó de culpa.—No recibais sin examen cualquiera cosa que la tradicion humana ha canonizado como sagrada. Recurrid en todo caso á las grandes fuentes de luz y conocimiento que os están abiertas en la palabra de Dios. Distinguid cuidadosamente entre las invenciones supersticiosas de los hombres, y los mandamientos eternos de la Divinidad. Nutrios con las palabras de la fe y de la buena doctrina, y desechad las fabulas impertinentes y de viejas * No agoteis en bagatelas aquel zelo que debe ser reservado para las materias mas importantes de la ley. No cargueis la conciencia con lo que es frívolo ó superfluo. Pero tirada una vez la línea con inteligencia y precision entre el deber y el pecado, esa línea jamas debe ser sobrepasada.

Aunque no hay extremo alguno en la reverencia debida á la conciencia, sí hay indudablemente uno en el demasiado apego ó á solo el principio, ó á sola la práctica. Aquí es donde debe cuidarse con el mas eficaz empeño de *no declinar ni á la diestra ni á la siniestra*; sino de unir la caridad de corazón puro y de buena conciencia con la fe no fingida. † El error de descansar totalmente en la fe ó totalmente en las

* S. Pab. Ep. 1.º Timotheo IV.—6, 7.

† Idem. idem—I.—5.

obras, es una de aquellas seducciones que mas facilmente descaerian á los hombres, bajo la apariencia de piedad de un lado, y de virtud del otro. No es este un error particular de nuestros tiempos, sino de todas las edades, que se ha introducido por muchos y diferentes modos; él forma una de las principales distinciones de todas las varias sectas que han dividido, y por desgracia digna de todo sentimiento, continúan dividiendo la Iglesia, segun se han inclinado mas al lado de la creencia, ó al lado de la moralidad. *oio á noiaonba si no sobigit yun tea ob*
 Si escuchamos de buena fe la voz de la Escritura, ella nos guardará del uno y otro extremo. El Apostol S. Pablo testifica con frecuencia, que ninguna de nuestras obras pueden por sí solas justificarnos, y que *sin la fé es imposible agrádar á Dios*. No menos claramente enseña el Apostol Santiago que *la fé que no es productiva de obras buenas no justifica al hombre*; sin que por esto haya oposicion entre ambos sentimientos. La fé sin obras es futil y vana. Es un fundamento sin edificio; una fuente que no brota aguas; un árbol que ni da sombra, ni produce fruto. Por otra parte, las buenas obras sin principios buenos, son una estructura hermosa pero aérea, sin firmeza ó estabilidad: semejantes á la casa construida sobre arena, á la caña hueca sacudida por qualquier viento. Para representar el caracter del verdadero Christiano, es necesario asociar aquellas á estos con union completa. El que opone la fé á la moral, ó la moral á la fé es igualmente contrario á los intereses de la religion. Ofrece á la vista una forma imperfecta y desfigurada, en lugar de lo que debe atraerse el respeto de todos los espectadores. El que se inclina á un extremo está en peligro de caer en el vicio; el que propende al otro está en riesgo de caer en la impiedad.

Sea cual fuere la creencia de los hombres, generalmente se precian de poseer algunas buenas calidades morales, porque el sentimiento del deber está hondamente arraigado en el pecho humano. Sin alguna pretension á la virtud, no puede haber estimacion propia, y ningun hombre desea parecer á su propia vista como absolutamente destituido de todo valor moral: pero como hay perpetua contienda entre la parte inferior y la superior de nuestra naturaleza, entre la inclinacion y el principio, esto produce mucha contradiccion é inconsecuencia en la conducta. De aquí es de donde se derivan los mas de los extre-

mos á que suelen arrojarse los hombres en su proceder moral, dando preferencia y exclusiva consideracion á aquella buena calidad á que son mas inclinados por constitucion ó temperamento.

Uno de los principales y mas comunes de estos extremos es el de colocar toda la virtud, ó en la justicia, por una parte, ó en la generosidad, por otra. La oposicion entre ambos, es bien perceptible entre dos diferentes clases de hombres en la sociedad. Los que han conseguido su fortuna por una vida industriosa, son naturalmente tenaces en retener todo lo que han adquirido á fuerza de trabajo. Consideranse obligados á la justicia, pero quanto sea dar un paso mas allá á actos de bondad, lo reputan por superfluo y extravagante. No sacarán de otros ninguna ventaja que califique iniqua su conciencia; pero tampoco mirarán con ojos compasivos las aficciones y necesidades ajenas. Satisfechos quedan si ninguno sufre injustamente por ellos; pero que alguno sea beneficiado por su asistencia no les inspira interes, disputando con rigoroso derecho quanto les es debido.—Otra especie de hombres colocan todo su mérito en la generosidad y misericordia, en tanto que se desentienden de la justicia é integridad. A estas personas, por lo regular las de clases superiores y abundantes bienes, aparece la justicia como una virtud vulgar, necesaria en las relaciones y pequeños negocios de los de inferior condicion entre sí, pero consideran la humanidad y liberalidad como virtudes mas exaltadas que dan dignidad á su caracter, y cubren las demas faltas. La representacion del infortunio puede conmoverlas, y disponerlas á dar con generosidad ostentosa; pueden tambien partir sus riquezas con algun compañero á quien quieren bien; quando al mismo tiempo no satisfacen á otros lo que les es debido, son negligentes para con sus familias y relaciones, y no prestan atencion á las justas demandas de sus acreedores.

Una y otra de estas clases de hombres incurren en extremos culpables, dividiendo la virtud moral. Cada uno cumple separadamente con la parte mas acomodada á su temperamento ó capricho. Sin justicia no hay virtud; pero sin humanidad y compasion ningun caracter virtuoso es completo. El uno toca al extremo de la parsimonia; el otro al de la profusion. El animo del uno es insensible; la sensibilidad del otro es inconsiderada. Aquel, puede ser respetado

en cierto grado, pero no amado; el otro, puede ser amado, pero no respetado.—Debemos sin duda comenzar por ser justos antes de ser generosos; pero al mismo tiempo, el que no pasa de la estricta justicia, se detiene al principio de la virtud. Se nos ordena *hacer justicia*; pero igualmente, *amar la misericordia*. Si aquella virtud regula nuestras acciones, esta perfecciona nuestro corazon y afecciones; siendo necesarios ambos para la felicidad del mundo. La justicia es el pilar que sostiene toda la fabrica de la sociedad humana; la misericordia es el rayo vivificante que alegra y calienta las habitaciones de los hombres. La perfeccion de nuestro caracter social consiste en templar propiamente la una con la otra; en seguir aquel curso medio que nos conduce á ser justos sin rigidez, y generosos sin injusticia.

Debemos precavernos de la excesiva severidad, como de la gran ligereza de maneras; extremos de que se presentan diariamente ejemplos en el mundo. El que se inclina al lado de la severidad, es duro en sus censuras y mezquino en sus opiniones: ninguna indulgencia concede á las debilidades humanas, ó á la diferencia de edad, clase, ó temperamento entre los miembros de la especie humana. Toda alegría es para él una levedad pecaminosa, y toda diversion un crimen. A este extremo debe aplicarse la amonestacion de Salomón: „No quieras ser demasiado justo.” * Quando la severidad de maneras es hipocrita, quando la Divinidad es invocada para servir de cubierta á los vicios, ambicion, ó intereses privados, esto es una de las mas indignas y criminales prostituciones de la religion. Pero considero ahora aquella severidad, no como efecto de desigmo, sino como natural austeridad de caracter y de maximas contraidas de conducta. Entoncez, su influxo sobre la pasion misma es volverla tetrica y aspera; sobre los otros, enagenarlos de su sociedad y consejos; sobre la religion, representarla como un principio de incesante prohibicion, terrores, y tristeza. Ni es menos peligroso el extremo opuesto de una gran facilidad y acomodamiento á las miras y practicas de otros. El hombre de semejante caracter en parte, por indolente debilidad, y en parte, por excesiva complacencia de ge-

* *Ecclesiastes. VII.—17.*

nio, está dispuesto á una condescendencia pasiva y universal. Por aversion á contradecir ó á ser censurado, se dexa inducir de las maneras que prevalecen: no hay caracter que no vea con ojo indulgente; y con excelentes disposiciones en su corazon, y una natural repugnancia al vicio y profervidad, es arrastrado á cometer por sí, ó por asociacion, males que condena, solo por falta de fortaleza para oponerse á otros.

Es preciso confesar que nada hay mas dificil en la conducta moral, que evitar en esto la inclinacion á la *diestra* ó á la *sinistra*. Una de las mas grandes pruebas de sabiduria y virtud, es preservar un justo medio entre la dureza de la austeridad que disgusta y enagena á los hombres, y la debilidad de un buen natural que abre la puerta á excesos pecaminosos. La una nos separa demasiado del mundo; la otra nos apega mucho á él, y nos seduce á *seguir á la multitud en hacer el mal*. El hombre del primer caracter, cuida muy poco ó nada de hacerse agradable, porque así se cree mas util. El del segundo, pierde su inocencia por el empeño de agradar con exceso. Si el uno daña á la religion revistiendola con apariencias de una severidad innecesaria, el otro fortifica el poder de la corrupcion en el mundo por una condescendencia inexcusable. El caracter de aquel se asemeja al de los Fariseos; el de este al de los Saduceos. La verdadera religion nos ordena distar tanto del uno como del otro; y seguir el dificil, pero honroso objeto de unir el buen natural con principios religiosos fixos, y las maneras afables con virtud pura.

A mas de esto, nos lanzamos á un extremo, quando vemos con total menosprecio las opiniones de los hombres; y al opuesto, quando solicitamos ansiosamente su aprobacion y alabanza. El uno descubre un alto grado de presuncion y orgullo; el otro manifiesta baxa servidumbre de espiritu. Fuimos formados por la naturaleza y por la Providencia para vivir enlazados unos con otros; y no hay hombre que pueda existir enteramente solo ó independiente de todos los individuos de su especie. Por consiguiente, el miramiento razonable á su aprecio y buena opinion, es principio recomendable, como que lo sugiere la humanidad, y coincide con el deseo de auxiliarse los hombres reciprocamente. Pero si el tal miramiento pasa de los li-

mites regulares, ya se convierte en manantial de mucha corrupcion; porque en nuestro presente estado, la alabanza del mundo es incompatible frecuentemente con aquella conciencia recta é inflexible de merecer antes que nada la aprobacion de Dios y del honor. Y de aquí es de donde resulta la dificultad de trazar la linea propia entre la solicitud permitida de reputacion, y el excesivo deseo de alabanza. Por uno y por otro lado nos salen al encuentro peligros, y ambos extremos son perniciosos á la genuina virtud.

El que extingue toda consideracion á los sentimientos de sus semejantes, suprime un incentivo de hechos honrosos; más, remueve una poderosa restriccion del vicio: porque en donde no hay deseo de alabanza, tampoco habrá sentimiento de baldon y verguenza, y faltando este, queda abierto el camino á la protervidad desvergonzada. Pero por otra parte, el que solo obra por vanidad y amor de alabanza humana, atropella los mas elevados respetos debidos á la conciencia y á Dios; naciendo de aquí una virtud contrahecha y muchas esplendidas apariencias de las que se presentan en el mundo, pero sin asiento en principios reales y afecciones interiores. De esto procedió que los Escribas y Fariseos censuraron al Salvador, *porque amaron mas la alabanza de los hombres, que la alabanza de Dios.*—Por consiguiente, *no declinéis ni á la diestra ni á la siniestra.* No afectéis despreciar el juicio de los otros acerca de vuestra conducta y caracter; y sin embargo, no permitais que los sentimientos del mundo sean la regla unica y tiranica de vuestro proceder. Sea el deseo de la estimacion publica uno de los motivos de vuestras acciones, pero colocandole siempre en lugar subordinado, y midiendo el miramiento debido á las opiniones de los hombres por el grado en que estas coinciden con las leyes de Dios, y con el dictamen de una razon ilustrada.

Permitidme que os inculque el peligro de caer en el extremo de la ansiosa solicitud por los intereses mundanos, de una parte, y en el de la negligencia, del otro. Dificil es asegurar qual de estos extremos vá mas cargado de vicios y miseria. No hay duda alguna en que la diligencia é industria son deberes impuestos estrictamente á todos los Christianos; y el que descuida de proveer competentemente para su casa y familia, lleva sobre sí el anatema de ser *peor que un infiel.*

Pero hay limites dentro de los quales debe quedar confinada nuestra inquietud por el suceso en la fortuna y adelantos mundanos, porque la ansiedad es el veneno mas destructivo de la vida humana; degrada el alma; envuelve al hombre en perpetuas distracciones, en cuidados atormentadores; y le separa de lo que debe ser el grande y noble fin de las acciones humanas. La ansiedad es generalmente el efecto de un animo codicioso. La negligencia es comunmente produccion de la licencia, y siempre, madre fecunda del desorden universal. Por la ansiedad os haréis miserables; por la negligencia ocasionareis la ruina de otros. El hombre ansioso es esclavo de honores y riquezas; el negligente lo es de los placeres. Ambos tributan culto idólatra sobre las aras de una falsa deidad, y ambos recibirán tales premios quales son los que puede conceder un idolo, sacrificando el uno los goces y adelantamientos de lo presente á los vanos cuidados de lo futuro; y siendo el otro sorprendido en la exclusiva ocupacion de gozar al presente, acumulando para lo futuro cierta y abundante miseria.—La virtud verdadera sigue un curso moderado entre uno y otro extremo, ni es descuidada del dia de mañana, ni está absorbida en este solo pensamiento; diligente, pero no ansiosa; prudente, pero no codiciosa; atenta á proveer por una comoda habitacion sobre la tierra, pero solicita principalmente en atesorar para la vida de otro genero de existencia.

Concluiré por amonestaros la precaucion contra el extremo de engolfaros en un curso de vida demasadamente bullicioso y atropellado, ó de entregaros á uno excesivamente retirado y sin ocupacion. Nuestra constitucion fisica y moral nos está diciendo que fuimos formados para la mezcla de accion y de retiro. Nuestras conexiones con la sociedad, y el cumplimiento de nuestros mutuos deberes, nos empeñan necesariamente en la vida activa; pero los deberes para con nosotros mismos requieren á su vez alguna soledad. Porque el que vive sin intermision en el estrepito y torbellinos del mundo, es muy de temer que no pueda siempre conservar pura su virtud. Los sentimientos de piedad serán privados del nutrimento y calor que se derivan de la meditacion y reflexivo discurso; sin los quales no puede obtenerse conocimiento del sistema moral, ni penetrarse el espiritu de profundos afectos. El hombre que no se proporciona tiempo y

lugar para meditar sobre Dios, sobre la naturaleza; y sobre sí mismo, experimentará frecuentemente disgusto, turbaciones y exasperación: sus pasiones estarán en continuo ejercicio; é imposible le será no contraer alguna peligrosa infección de los usos y maneras contagiosas que por todos lados le rodean.—Por otra parte, el que huye á un retiro total, sea por ocio blando, ó por evitar enteramente el trato humano, encontrará á cada paso en su soledad la compañía del disgusto, y las peores tentaciones se sublevarán contra él dentro de sí mismo. Desocupado de una vida activa y de ejercicios honrosos, incapaz de consagrar todo su tiempo á pensamientos útiles y saludables, muchas pasiones malas le asaltarán, y ocuparán las horas vacantes. Correrá peligro de ser abatido por la sombría tristeza y hastío de la existencia. El desagrado enojadizo y continuas sospechas contra la especie humana, persiguen por lo regular á los que se separan enteramente de la sociedad de los hombres.—Haced pues rumbo por la corriente de la vida siguiendo un curso medio entre la que es oprimida de fatigosas atenciones y cuidados, por una parte, y de la que es sobrecargada, porque no es menor carga, de la ociosidad, por otra. Procuraos ocupacion útil y honrosa para proporcionar materia á las potencias activas del alma. Templad los negocios con la seria meditacion; y alegrad el retiro por el regreso á la accion é industria.

Os he indicado algunos de los extremos á cuya inclinacion estamos expuestos los hombres, por olvidar la linea trazada por la religion y sabiduría. Conozco bien que pudiera discurrirse por otros muchos, porque el campo es vasto, y casi no hay apariencia de piedad, virtud ó buena conducta, que la locura del hombre no pueda llevar á excesos indebidos, ya sea del un lado, ya del opuesto. Los que he mencionado serán suficientes para comprobar la necesidad de una prudente circunspeccion, á fin de escapar de los peligros que nos circundan en este estado de prueba. Procuremos, pues, sostener un caracter regular, uniforme y consecuente, en el que nada haya de excesivo ó desproporcionado; que no se presente vanaglorioso con ostentosa apariencia de un solo lado, mientras que por los otros se manifiesta desnudo y afeado, sino un caracter cuyas diferentes partes de dignidad y bondad aparezcan unidas, y capaz cada una de exer-

er su propio influxo en la conducta. De esta manera, *no declinando ni á la diestra ni á la siniestra*, nos aproximaremos, quanto lo permite nuestra fragilidad, á la perfeccion del caracter humano, y tendremos razon para no avergonzarnos, quando hayamos tributado igual respeto á todos los mandamientos de Dios, y á los dictámenes de la razon emanada de la Prudencia y Sabiduría Divinas.